

LA CATEQUESIS EN LA SAGRADA ESCRITURA -Una vocación para la evangelización-

*Hernán Cardona Ramírez, sdb
Pontificia Universidad Javeriana
Bogotá-Colombia*

Introducción

El servicio (diaconía) de la palabra, que incluye el anuncio pastoral, la catequesis, toda la instrucción cristiana... se nutre saludablemente con la palabra de la Escritura y por ella da fruto de santidad [1].

Gracias a la renovación suscitada por el Concilio Vaticano II y por el Magisterio Regional (*de Medellín hasta Aparecida*), la Sagrada Escritura en nuestro continente, nutre las diferentes formas del servicio de la Palabra en la Iglesia. Un efecto tangible de este camino, sin ser el único, es el fruto de santidad en América y en el mundo eclesial. En este contexto, la catequesis, al conversar con la Biblia, la descubre como el centro de su acción y los beneficios de este diálogo son constantes. Quizá se pueda afirmar hoy: la Escritura es ahora "*el corazón de la catequesis*"[2].

Pero también hay puntos para reforzar. En muchas ocasiones, la Sagrada Escritura se introduce en la catequesis de un modo exclusivo, sin referencia alguna ni a la Tradición eclesial, ni al Magisterio de la Iglesia, donde la Palabra de Dios se actualiza, se celebra, vibra y se abre a la esperanza.

Una palabra sobre la Catequesis

En su sentido más original, desde el punto de vista etimológico y del significado de la palabra, "catequesis" significa: *instrucción de viva voz*. En este ámbito, la meta de la catequesis es el encuentro, el contacto, la comunión, la intimidad con Jesucristo en los hermanos y hermanas: solo Él puede conducirnos al amor del Padre en el Espíritu y hacernos partícipes de la vida de la Santísima Trinidad, para el beneficio de la comunidad [3]. La Palabra nos permite contagiarnos de Jesús, de viva voz, de cuerpo presente.

Jesús de Nazaret, el Hijo de Dios, es el mediador y la plenitud de la revelación. Él, al hacerse humanidad (Jn 1,14), nos dado a conocer de un modo definitivo el plan salvador de Dios y lo ha llevado a cabo al entregarse en la cruz. El Abba, en Jesús, nos muestra su interior, se revela como Padre y, por el don del Espíritu, nos hace hijos en el Hijo para hacer parte de la Trinidad, como una comunidad de hermanos y hermanas [4]. Así, si la catequesis lleva a sus sujetos a la comunión de vida con Jesús, entonces, ellos se involucran en el plan de salvación [5].

En Jesús, todas las personas pueden ver un ser humano como uno de ellos, "trabajó con manos de hombre, pensó con inteligencia de hombre, obró con voluntad de

hombre, amó con corazón de hombre" [6]; pero en su encarnación, revela a la vez, la presencia misteriosa y desbordante del Hijo de Dios: "*En Cristo Jesús, hecho humanidad, habita la plenitud de la divinidad*" [7].

Por los motivos anteriores, y otros más, la catequesis se centra solo en conocer y amar la persona de Jesucristo [8]. Los gestos y las palabras de Jesús llaman a todo ser humano para comulgar de los frutos de su vida y de su entrega. Por la catequesis, es posible contagiarse de Jesús, descubrir cómo su vida, su agonía y su pasión nos descubren su intenso amor por nosotros, nos ama a todos y a cada uno y se entrega por cada uno de nosotros: "*El Hijo de Dios me amó y se entregó a sí mismo por mí*" (Gal 2,20) [9].

La catequesis debe regalarnos el encuentro creyente con Jesús, allí él nos da la respuesta a nuestros anhelos; y a su vez, el encuentro nos compromete a pensar como Él, a juzgar como Él y a vivir como Él lo hizo [10]. El desafío parece imposible, pero el creyente está respaldado por una comunidad de discípulos donde hace suya la fe de la Iglesia. La comunidad es el espacio donde puedo comportarme como Jesús, mis dones y mis cualidades, los pongo al servicio de mis hermanos y de mis hermanas. En la Iglesia es posible la comunión personal con Jesús, con su Palabra y con los hermanos [11]. En este contexto, la Iglesia es la "casa de la palabra" [12].

La catequesis proviene de un manantial

La catequesis bebe, tiene su fuente, su manantial que fluye, en la Palabra de Dios [...] Jesucristo no solo transmite la Palabra de Dios: Él es la Palabra de Dios. Por este motivo, la catequesis –toda ella– está referida a Él [13].

La catequesis forma parte del servicio de la Iglesia a la Palabra de Dios [14]. Gracias a la "admirable condescendencia de Dios" [15], su Palabra se comunica en palabras humanas: las palabras de profetas y sabios guiaron el camino del pueblo de Israel; las palabras de Jesús en su vida terrena mostraron el Reino de los cielos; las palabras de los evangelios, en el Nuevo Testamento, testimonian el camino de la Iglesia; y, en definitiva, las palabras humanas de la Iglesia actualizan, en cada tiempo y lugar, la comunicación de Dios.

la catequesis tiene como tarea disponer a las personas para pasar de las palabras generales a la Palabra de Dios. La Palabra definitiva del Padre es su Hijo; Jesús es la Palabra definitiva del Abba, porque Jesús, en persona, es Palabra de Dios, y nos participa su vida divina [16]. El Hijo [de Dios] es la Palabra; la Palabra eterna hecha pequeñez, tan pequeña como para estar en un pesebre, o ser comparado con el grano de mostaza, o con el poco de levadura capaz de fermentar una montaña de harina. Se ha hecho niño para que la Palabra esté a nuestro alcance. Ahora, la palabra no solo se puede oír, no solo tiene una voz, también tiene un rostro visible: Jesús de Nazaret [17].

Toda catequesis está referida a la Palabra de Dios, a Jesús, ella busca ponerla al alcance de sus destinatarios, desea que la conozcan, que traten personalmente con

ella, la acojan en su vida y respondan al diálogo que Dios quiere establecer con ellos. La catequesis sirve a la Palabra de Dios cuando se pone a disposición del Espíritu para que sus destinatarios reconozcan, en las palabras pronunciadas en el seno de la Iglesia, a Jesucristo, la comunicación personal de Dios, pero también la sirve cuando ayuda, bajo la acción del propio Espíritu, a que la Palabra tome posesión de los creyentes y ellos se metan en el diálogo divino que Jesús mantiene con el Padre. En la catequesis, la Palabra de Dios es el núcleo donde se vincula la autocomunicación de Dios y la respuesta obediente de los catequizandos [18].

En síntesis, la catequesis extraerá siempre su contenido de la fuente viva de la Palabra de Dios, transmitida en la Tradición y la Escritura, pues "la Sagrada Tradición y la Sagrada Escritura constituyen el único depósito sagrado de la Palabra de Dios confiado a la Iglesia" [19]. La Sagrada Tradición y la Sagrada Escritura están unidas y compenetradas de manera muy estrecha, manan de la misma fuente, se unen en un mismo caudal, corren hacia un mismo fin [20].

La catequesis no es un ejercicio de comentarios de textos, tampoco es la exposición panerética de normas morales y menos todavía, un esfuerzo erudito para la reconstrucción de un personaje del pasado. En la catequesis, sin despreciar la letra, la Palabra de Dios debe ser un evento; es decir, la lectura de la Escritura hecha en el surco de la Tradición debe ayudar a que irrumpa la presencia de Jesús, por quien Dios se ofrece como interlocutor de los catequizandos. Él, como Palabra del Padre y en la virtud del Espíritu, viene en persona a iluminar la existencia de quienes le buscan, se ofrece como compañía, les da la fuerza para vencer el mal y el pecado y les da la gracia para responder de manera decidida a la voluntad de Dios.

Para el Papa emérito Benedicto XVI, en la Exhortación Apostólica, *Verbum Domini*, la catequesis forma a los creyentes para reconocer, en la conjunción de la Sagrada Escritura y en la Tradición, la Palabra de Dios [21]. En la catequesis no debe faltar el contacto asiduo con los textos bíblicos para que, bajo la acción del Espíritu, los catequizandos se reconozcan partícipes de los eventos en los cuales Dios obra su salvación, para modelar su mente con la Escritura, configurar sus actitudes de vida con Jesús. La catequesis entrega a los sujetos de su servicio, la persona de Jesús, la Palabra de Dios, a la cual deben seguir y desde la cual deben servir (diaconía).

Sagrada Escritura, Catecismo y Catequesis

La catequesis de la Iglesia cuenta con otra fuente de soporte: el Catecismo, él es un instrumento imprescindible para una lectura eclesial de la Escritura a la luz de la Tradición. En efecto, el Catecismo es una "sinfonía" de fe, por la cual, se presenta de manera fiel y orgánica la enseñanza de la Iglesia.

Según el Directorio General para la Catequesis, la Sagrada Escritura y el Catecismo son dos puntos de referencia para inspirar la acción catequizadora de nuestro tiempo; pero *"cada uno a su modo y según su específica autoridad"* [22]. El Catecismo trae numerosas referencias a la Escritura y es testimonio autorizado de

la lectura eclesial [23], pero no reemplaza la lectura directa de la Escritura en la catequesis.

Un camino de catequesis eclesial desarrolla al menos este itinerario: ora el texto bíblico, pues allí Cristo Jesús viene al encuentro de los catequizandos, sale a su paso, conversa con ellos, se hace cargo de sus esperanzas y decepciones, les toma de la mano, los lleva al encuentro con la comunidad.

El camino continúa...

La Sagrada Escritura ha sido inspirada por Dios, y es útil para enseñar, para persuadir, para reprender, para educar en la rectitud, a fin de que el hombre de Dios sea perfecto y esté preparado para hacer el bien [24].

Dios Padre, en su Hijo Jesús, por la fuerza del Espíritu, inicia a sus hijos, nos llama, nos transforma y nos capacita para dar la respuesta filial. El Espíritu interioriza la acción salvadora y santificante en nosotros. La Sagrada Escritura es la captación de Dios por experiencia. La Sagrada Escritura es un texto inspirado por el Espíritu Santo para que, por medio de ella y en nombre de Dios, la Iglesia persuada, enseñe y eduque a sus hijos para responder a Dios y alcanzar la talla del hombre fiel hasta el final: el Señor Jesús.

[1] Concilio Ecuménico Vaticano II, Constitución dogmática "Dei Verbum" (=DV) (19 de noviembre 1965) 24.

[2] Cf. DV 24.

[3] CT 5; cf. DGC 80; Catecismo de la Iglesia Católica (=CCE) (11 de octubre 1992) 426.

[4] Cf. DV 2.4; GS 41

[5] Cf. DGC 82.99; CCE 197. La Santísima Trinidad es el misterio central de la fe y de la vida cristiana, pero solo se accede a él porque se ha desentrañado en Cristo, Jesús. Subrayar el cristocentrismo en la catequesis no supone sucumbir a un "cristomonismo", pues en el Directorio es un "cristocentrismo trinitario" DGC 99-100.

[6] GS 22.

[7] Col 2,9.

[8] Cf. CT 5; CCE 426; DGC 98. Ver, A. Amato, "Jesucristo, plenitud de la Revelación" en A. Cañizares y M. del Campo (Eds), Evangelización, catequesis, catequistas (Edice, Madrid 1999) 125-142.

[9] CCE 478. Según el Cardenal Ratzinger: "La dramática personalización que san Pablo ha logrado con estas palabras puede y debe hacer volver a cada uno hacia sí mismo; cada persona debe decir: el Hijo de Dios me ha amado y se ha entregado por mí. Solo en estas palabras la Catequesis sobre Cristo llegará a ser por completo Evangelio" en J. Ratzinger, Evangelio, Catequesis, Catecismo (Edicep, Valencia 1996) 55-56

[10] Cf. DGC 53-55; DV 5; Concilio Ecuménico Vaticano II, Decreto "Ad Gentes" (=AG) (7 diciembre 1965) 13a; CT 20b; CCE 150-165; VD 25.

[11] Cf. VD 51; el texto cita a san Juan Pablo II: "La contemporaneidad de Cristo respecto al hombre de cada época se realiza en el cuerpo vivo de la Iglesia. Por eso, Dios prometió a sus discípulos el Espíritu Santo, que les 'recordaría' y les haría comprender sus mandamientos (cf. Jn 14,26) y, al mismo tiempo sería el principio fontal de una vida nueva para el mundo (cf. Jn 3,5-8; Rm 8,1-13)" (VS 25).

[12] Mensaje final del Sínodo de los Obispos, XII Asamblea general ordinaria, sobre la Palabra de Dios en la vida y en la misión de la Iglesia, III, 6.

[13] DGC 94, 98.

[14] Ibid., 50-52.

[15] DV 13.

[16] Cf. Hb 1,1-2; Jn 1,1-2.14a; 2Pe 1,3-4. "La especificidad del cristianismo se manifiesta en el acontecimiento Jesucristo, culmen de la Revelación, cumplimiento de las promesas de Dios, mediador del encuentro entre el hombre y Dios. Él nos ha revelado a Dios (cf. Jn 1,18), es la Palabra única y definitiva entregada a la humanidad" (VD 14).

[17] VD 12.

[18] Cf. VD 24.25.

[19] CT 27, cita DV 10.

[20] DV 9.

[21] "De aquí se deduce la importancia de educar y formar con claridad al Pueblo de Dios, para acercarse a las Sagradas Escrituras en relación con la Tradición viva de la Iglesia, reconociendo en ellas la misma Palabra de Dios" (VD 18).

[22] DGC 128.

[23] Cf. C. Schönborn, "El Catecismo de la Iglesia Católica" en: A. Cañizares y M. del Campo (Eds), Evangelización, catequesis, catequistas, 281-299; J. Ratzinger, Evangelio, catequesis, catecismo 50-56.

[24] 2Tim 3,16-17.